

ENTENDIÉNDONOS CON EL TÍO SAM: CÓMO MANEJAR LA AGENDA BILATERAL DE SEGURIDAD ENTRE CANADÁ Y ESTADOS UNIDOS DESPUÉS DEL 11 DE SEPTIEMBRE

PIERRE MARTIN

CUANDO UN PAÍS DEPENDE EN EXTREMO de una superpotencia, tanto para su defensa como para su bienestar económico, ¿cómo puede conducir una política exterior autónoma y encarar al socio dominante? Al examinar la actual relación bilateral entre Canadá y Estados Unidos, y las diversas reacciones que ha suscitado en el primero la actitud impositiva que el segundo reafirmó recientemente en lo relativo a los temas de seguridad, me viene a la memoria un panfleto nacionalista publicado a finales de los ochenta, intitulado “Un Japón que puede decir ‘no’.” En ese mundo en el que Estados Unidos hacía gala de su poder con una postura impositiva en cuestiones económicas, los nacionalistas japoneses deploraban el hecho de que su país se mostrara tan obediente a todos los caprichos y demandas de aquél. En su opinión, Japón había abandonado por completo su sentido de autonomía, e incluso de respeto por sí mismo, al haber cedido hasta el último ápice de soberanía a Estados Unidos. Por supuesto, este último veía la situación de manera un poco distinta e, incluso, en ciertos círculos se tenía la idea de que resultaba casi imposible hacer que Japón accediera a dar un solo paso a favor de los intereses o prioridades estadounidenses.

Aunque debemos tener cuidado de no hacer demasiadas analogías, podría verse cierto paralelismo entre ese episodio de las relaciones entre Estados Unidos y Japón y el estado actual de la relación entre Estados Unidos y Canadá en materia de seguridad. Los nacionalistas canadienses suelen considerar que su país es completamente servil, y que cada vez que el Tío Sam le ordena: “¡Salta!”, él se apresta a preguntar: “¿Qué tan alto?” En Washington, en cambio, la idea que se tiene sobre la disposición de Canadá para acceder a sus demandas en lo relativo a la seguridad es bastante menos clara.

Existen situaciones, por supuesto, en las que decir “no” a un socio dominante no es una opción posible. Recordemos el comentario de Ste-

pehn Leacock sobre la forma en que el primer ministro canadiense William Lyon Mackenzie King quiso justificar que su país, apenas liberado del control que ejercía Gran Bretaña sobre sus asuntos extranjeros, saliera tan rápido en defensa de los británicos:

– ¿Acaso Canadá –preguntó Leacock retóricamente– fue a luchar por Gran Bretaña porque tenía que hacerlo?

– No, Canadá no tenía que ir a luchar.

– Entonces, ¿por qué lo hicieron?

– Bueno, obviamente, porque teníamos que hacerlo.

Hoy en día, cuando se trata de asuntos que tocan el núcleo mismo de los intereses nacionales de Estados Unidos, Canadá se encuentra en una posición similar y la reacción a los acontecimientos del 11 de septiembre entra en esa categoría. Los canadienses y su gobierno de inmediato ofrecieron su apoyo al país vecino, pues cuando Estados Unidos pidió ayuda, inmediatamente después del ataque, no había posibilidad alguna de responder “no”. Sin embargo, fuera de los asuntos que exigen una respuesta incondicional, debe haber cierto margen para discrepar, como cuando Canadá se negó a apoyar la intervención militar estadounidense para librar a Iraq del régimen ilustrado de Saddam Hussein. Entonces, la pregunta sería: “¿En qué circunstancias puede Canadá decir ‘no’?”

EL PROBLEMA DE SER RICO Y DÉBIL

En general, todo el mundo estaría de acuerdo en que es mejor ser rico y poderoso que pobre y débil. Asimismo, casi todos convendrían en que ser rico y débil es preferible a ser pobre y débil. Pero ser rico y débil también puede llevar a una situación difícil en un mundo peligroso,¹ y resulta que Canadá, de manera similar a Japón, se encuentra en esa situación. Por fortuna, o quizá, en ciertos sentidos, por desgracia, Canadá tiene un vecino rico y poderoso que es hasta cierto punto –pero, de ninguna manera, del todo– tolerante con respecto a que sus aliados “se cuelguen” de él, como polizones. Siendo realistas, Canadá, lo mismo que Japón y muchos otros aliados de Estados Unidos, sería incapaz de defenderse a sí mismo de manera eficaz, en caso de un ataque masivo contra su territorio, por un enemigo resuelto y bien equipado. Incluso como fuerza expedicionaria, el ejército canadiense no podría aspirar a ejercer un efecto contundente, a

¹ Tomamos prestada esta fórmula de David T. Jones, “Canada-US Relations after September 11: Back to Basics”, *Policy Options*, marzo de 2002, pp. 25-29 (<http://www.irpp.org/po/archive/mar02/jones.pdf>).

menos que forme parte de una coalición más grande. En tal situación de dependencia y debilidad relativas, ¿qué margen de libertad tiene para conducir una política exterior significativa?

Con base en la muy conocida jerarquía de necesidades de Maslow, presento aquí una visión esquemática de qué es la política exterior, identificando tres áreas básicas. Lo que busca la política exterior es la seguridad física, el bienestar material y lo que denominaré –a falta de un mejor término– la seguridad “psicológica”. Este último término comprende la idea de una identidad segura, un sentido de propósito expresado en la promoción de ciertos valores, y un sentido de autonomía para el manejo de los asuntos internos y externos. Los observadores más agudos de la actual política exterior canadiense notarán que estos conceptos son muy cercanos a los llamados “tres pilares” de la política exterior de este país.² Asimismo, los lectores de formación más teórica advertirán la relación entre esta categoría de objetivos de política exterior y el concepto de “poder blando” de Joseph Nye, quien a menudo cita la política exterior canadiense como ejemplo de éste.³ El problema para Canadá es que depende casi por entero de Estados Unidos para su seguridad física y su bienestar material, lo que hace que sus intenciones de ejercer un “poder blando” se vean un tanto coartadas y propicia una relación más bien tensa con su vecino cuando se trata de cualquier asunto relativo a la tercera categoría.

En resumen, Estados Unidos es el principal proveedor de seguridad física y material de Canadá y otros países en situación semejante, sobre todo aquellos como Japón y México, pero la magnitud misma de su poderío militar y económico también genera mucha inseguridad –aunque de distinta naturaleza– a sus aliados. Después del 11 de septiembre y del consecuente resurgimiento de su poderío y resolución, se ha hecho aún más obvio que el bienestar material y la seguridad física de Canadá están irremediablemente atados a Estados Unidos. Por tanto, en este nuevo contexto, ¿cuáles son las opciones y la gama de posibilidades realistas para la política de seguridad canadiense?

² Según los identificó el Examen de la Política Exterior de 1995, los tres pilares son: “El fomento de la prosperidad y el empleo; la protección de nuestra seguridad, dentro de un entorno mundial estable; y la proyección de los valores y la cultura canadienses.” El orden no coincide con la jerarquía de necesidades de Maslow, pero las principales ideas inherentes a su concepción sí están presentes.

³ Sobre este concepto, véase Joseph S. Nye, “Soft Power”, *Policy Review*, núm. 80, invierno de 1990, pp. 153-171. Nye señala a Canadá como ejemplo de un país que basa su política exterior en el poder blando. Véase Joseph S. Nye, “In the Global Age. America’s Not Such Big Cheese”, *Washington Post*, 6 de octubre de 2002, p. B3.

LA DEFENSA REGIONAL DESPUÉS DEL 11 DE SEPTIEMBRE

Como trasfondo del cambio que han vivido las relaciones entre Estados Unidos y Canadá en materia de seguridad, luego del 11 de septiembre, se encuentra un giro fundamental en la percepción de Estados Unidos respecto de dichos asuntos. Existen pocas analogías que nos permitan comprender hasta qué punto los sucesos de ese fatídico día despertaron en los estadounidenses el sentimiento de que vivimos en un mundo peligroso y que su país ya no está a salvo de esa amenaza. En Canadá este nuevo entorno ha repercutido directamente en al menos cinco ámbitos: la defensa de la región, el manejo de la frontera, la proyección en el exterior de la guerra al terrorismo, el tema latente de los misiles balísticos de defensa y el problema persistente de la discrepancia entre compromisos y posibilidades en lo que se refiere a la política de seguridad internacional de Canadá.

Ampliar la cooperación bilateral para la defensa de la región

La nueva actitud que adoptó Estados Unidos en su política de seguridad, desde el 11 de septiembre de 2001, representa un recorte enorme de las opciones de Canadá en lo tocante a la defensa de la región. Hoy, para la mentalidad estadounidense, la diferencia entre “defensa de la nación” y “defensa de la región” es meramente teórica. Siendo así, Estados Unidos hará lo que considere necesario para defender su territorio, independientemente de lo que Canadá sienta, quiera, diga o haga. Ante esto, la pregunta de si Canadá debería integrar más sus fuerzas armadas con las estadounidenses para el propósito de defender la región quizá, en cierto sentido, también sea meramente teórica.

El 1 de octubre de 2002, Estados Unidos lanzó el NORTHCOM (Comando del Norte), una estructura de mando integrada, responsable de organizar los aspectos militares de la defensa de la nación y que considera la región norteamericana como un solo campo de operación. En palabras simples, esto significa ampliar a todas las áreas de operación militares y navales el nivel de cooperación que ya existe en la defensa aérea, con el NORAD (Comando Norteamericano para la Defensa Aeroespacial, con base en Colorado).

Aunque, para todo fin práctico, la participación de Canadá en esta nueva estructura de mando ya fue aceptada, aún quedan algunos detalles por precisar. Sin embargo, la perspectiva de que el país se incorpore al NORTHCOM ha provocado la ira de algunos nacionalistas canadienses, quie-

nes han planteado innumerables objeciones a ese plan.⁴ Pero la integración de las fuerzas en este nuevo comando no revela un cambio de naturaleza en la relación militar, sino tan solo de grado. Por otra parte, el ejército canadiense lo considera, en términos generales, como algo favorable, pues promete poner en claro las reglas y procedimientos de toda acción cooperativa y, en su opinión, implica una pérdida menor, si acaso, del control frente a sus socios estadounidenses. Por último, mi apreciación al respecto es que la falta de reglas claras para coordinar las acciones militares a lo largo de la frontera, en el caso de una crisis mayor, podría provocar errores de comunicación o malentendidos cuyas consecuencias serían más graves para la soberanía canadiense que la ampliación de la actual cooperación operativa a una gama más grande de actividades.

Cómo manejar la frontera más extensa y “ya no tan desprotegida”

La imagen de la frontera más extensa e inerme del mundo se había vuelto casi un lugar común en los debates sobre las relaciones entre Canadá y Estados Unidos. No obstante, apenas unas horas después de los trágicos sucesos del 11 de septiembre de 2001, las cosas empezaron a cambiar. Aunque miles de ciervos y uno que otro contrabandista siguen pudiendo cruzar en ambos lados la frontera, a cualquier hora del día o la noche, sin que las autoridades los molesten demasiado, ésta se encuentra mucho menos desprotegida ahora –y, muy probablemente, así seguirá– que como lo estaba el 10 de septiembre de 2001. Lo que Canadá debe entonces preguntarse es: “¿Cómo minimizar los costos de esta nueva realidad para los canadienses?”

Éste no es un problema menor. Desde que se instalaron las nuevas medidas de control en la frontera, el año pasado, las carreteras que llevan a muchos puntos fronterizos se han convertido prácticamente en estacionamientos, lo que ha hecho que el costo de pasar por las ahora más estrictas inspecciones de Estados Unidos resulte, en un mal día, más elevado que los aranceles que solían aplicarse a ciertos productos antes de los tratados de libre comercio. Se han hallado algunas soluciones parciales a este embrollo, que incluyen optimizar el uso de tecnologías novedosas para acelerar el proceso, y colaborar con la industria para garantizar el tránsito más rápido de contenedores sellados, de una planta a otra. Pero éstos no son si-

⁴ Véase, por ejemplo, Michael Byers, “Canadian Armed Forces under US Command”, Liu Centre for the Study of Global Issues, University of British Columbia, 6 de mayo de 2002. Este informe fue comisionado por el director del Liu Centre y ex canciller canadiense, Lloyd Axworthy (<http://www.liucentre.ca>).

no remedios rudimentarios, que no pueden subsanar totalmente las pérdidas que ha sufrido la economía canadiense debido al fuerte entorpecimiento del comercio.

Una propuesta de más fondo ha sido la de que se otorguen concesiones muy importantes a la soberanía canadiense y más autonomía para la formulación de sus políticas, así como que se armonicen los procedimientos de inmigración y aduanas con los de Estados Unidos, incluso compartiendo la tarea de controlar el ingreso a la región para crear una frontera común *de facto*, o un perímetro de seguridad alrededor de la zona septentrional de Norteamérica (quizá, más tarde podría incluirse a México, pero esto generaría mucha más resistencia en Estados Unidos). Sin embargo, este tipo de propuestas, al que su vocero más insigne califica de “gran idea” o de “pacto estratégico”,⁵ no es realista, por dos razones principales.

En primer lugar, si bien algunos canadienses están muy dispuestos a ceder cierta autonomía en cuanto a sus políticas y a hacer más esfuerzos en materia de defensa a cambio de la seguridad económica que resultaría de una mayor integración, suelen sobreestimar la capacidad de los legisladores estadounidenses para conseguir que se establezcan esos enganches entre asuntos de índole diversa. La idea de que la disposición de Canadá a secundar las ideas de Estados Unidos en materia de seguridad podría ablandar la resistencia de quienes no quieren que se profundice la integración de los mercados no refleja adecuadamente el clima político estadounidense. De hecho, es más probable que las presiones de los grupos de cabildeo más fuertes en Estados Unidos consiguieran solucionar los actuales aprietos comerciales de Canadá en la Casa Blanca, que cualquier acción, por bienintencionada que fuera, encaminada a fortalecer la seguridad en América del Norte.

En segundo lugar, aunque el gobierno canadiense se propusiera aplicar las mismas normas para el ingreso en su país que las que están imponiendo las autoridades estadounidenses en su territorio, es poco factible que esto influyera de alguna manera en el reforzamiento de las medidas de control en la frontera de Estados Unidos. Es el mismo caso que el del “impulso unilateral” que ha caracterizado las prácticas estadounidenses concernientes a la seguridad, aun antes de los ataques terroristas del 2001. En efecto, incluso si los agentes estadounidenses se hicieran cargo ellos mismos de controlar los ingresos en Canadá, es improbable, dado el actual es-

⁵ Véase, por ejemplo, Wendy Dobson, “Shaping the Future of the North American Economic Space: A Framework for Action”, *C.D. Howe Institute Commentary*, núm. 162, abril de 2002. En este trabajo, Dobson afirma que es una “gran idea” el enganchar la necesidad de Estados Unidos de seguridad física con el objetivo de seguridad económica de Canadá, aun a costa de que este último ceda autonomía para definir su política de inmigración.

tado emocional del pueblo estadounidense, que su gobierno desistiera de aplicar todo medio legal que juzgue necesario para vigilar los movimientos de cualquier terrorista "potencial".

Así, lo más factible es que la nueva realidad en la frontera canadiense siga constituyendo un motivo de fricción, desde la perspectiva de Canadá, durante mucho tiempo. Los políticos vociferarán para hacer saber a sus seguidores nacionalistas que ellos no se doblegan ante Estados Unidos, y también se mostrarán dispuestos a defender los valores canadienses con vehemencia, cuando denuncien prácticas tan deplorables como la tipificación étnica en la frontera estadounidense, pero esto difícilmente hará que Estados Unidos modifique su curso.

NUEVOS RETOS Y VIEJOS PROBLEMAS QUE PERSISTEN

¿Se podía decir "no" a Estados Unidos en el caso de Iraq y de otras incursiones en el extranjero?

Dado que, para Canadá, los asuntos bilaterales constituyen un desafío para su sentido de identidad propia y de autonomía política, el hecho de determinar qué postura habría de adoptar frente a la intervención preventiva de Estados Unidos en Iraq le dio la oportunidad de que reafirmara su autonomía. En efecto, el que este asunto demandara intensas negociaciones entre los aliados y otros países le permitió al gobierno canadiense reafirmar su independencia frente a Estados Unidos, sin por ello faltar a su compromiso de participar en una fuerza multilateral, en caso de que una parte considerable de la comunidad internacional decidiera emplear la fuerza contra el régimen de Saddam Hussein.

Como es usual en los asuntos relativos a la seguridad, la única forma en que Canadá puede ejercer cierta influencia sobre Estados Unidos, cuando se trata de asuntos mayores, es a través de los foros multilaterales, como la ONU o la Alianza del Atlántico. Por ello, en el caso de Iraq, el compromiso de Canadá hacia el multilateralismo prevaleció sobre las presiones que ejerció sobre él Estados Unidos. Lo que Canadá proponía era fijar una fecha límite rigurosa para que el régimen de Saddam Hussein cumpliera con los estrictos requisitos de inspección de la ONU, bajo amenaza de recurrir a la fuerza en caso contrario. En este sentido, la propuesta no reñía fundamentalmente con la postura angloestadounidense, que llamaba al uso inmediato de la acción militar, pero su intención manifiesta era actuar como puente entre esta postura y la francoalemana, que planteaba persistir, sin tanta prisa, con el proceso de inspecciones. En este episodio, la actitud de

Canadá fue congruente con el modelo político que ha seguido desde el fin de la Guerra Fría, y por el cual aceptó participar, hasta cierto punto, en las principales intervenciones multilaterales encabezadas por Estados Unidos, desde la Guerra del Golfo.

En el caso de la intervención en Iraq, su dimensión multilateral —es decir, el hecho de que Canadá no fuera el único en negar apoyo a Estados Unidos— plantea menos problemas en cuanto a su política general de seguridad. Sin embargo, según Estados Unidos, ese caso representó un importante revés para la relación bilateral, debido en esencia a la forma totalmente distinta de entender las amenazas a la seguridad que plantean los así llamados “estados rufianes” en ambos lados de la frontera. Así, mientras que para el gobierno de Bush el incumplimiento iraquí de las acciones de desarme requeridas por la ONU y sus presuntos vínculos con grupos terroristas eran motivo suficiente y perentorio para intervenir, ni el gobierno ni el pueblo canadienses compartían esa idea.

En cuanto a la opinión pública, fue claro desde el principio que el mandato multilateral era una condición esencial, pero no la única, para que el país ofreciera su apoyo. Sin una señal precisa de agresión por parte de Iraq, como fue el caso en la Guerra del Golfo, o sin la presencia evidente de una dimensión humanitaria, como en Kosovo, el pueblo canadiense se abstendría de dar su aprobación a la guerra. No obstante, una vez que el conflicto se inició, un sector considerable de los canadienses no reparó en expresar su apoyo moral a las tropas estadounidenses y británicas. El gigantesco reto que implica la reconstrucción de Iraq, económica, política y socialmente, sin duda planteará nuevos dilemas a la relación bilateral con Estados Unidos, aunque es claro que Canadá no estará en posición de alterar ese proceso ni de reclamar alguna de las supuestas ganancias que generará la reconstrucción.

Otros dos asuntos que presentarán problemas políticos importantes en los próximos años ya se hallaban en la agenda de seguridad bilateral desde antes del 11 de septiembre. Estos asuntos, que tarde o temprano habrán de resurgir, son los misiles balísticos de defensa (MBD) y la enorme e insalvable distancia que hay entre los compromisos adquiridos por Canadá en materia de seguridad y el tamaño y capacidad de su ejército. Empezaré por el segundo.

Cómo cerrar la distancia entre compromisos y capacidades

La enorme discrepancia que existe entre los compromisos que ha adquirido Canadá en materia de seguridad y su capacidad para reunir, equipar y

transportar suficientes tropas para cumplir con ellos no es nada nuevo. Según los estándares de la OTAN, Canadá tiene un rezago de muchos años en cuanto al tamaño relativo de su presupuesto militar. En un mundo en el que el peligro acecha por doquier y puede atacar en cualquier momento, Canadá tendría que incrementar enormemente su gasto militar para contar con una defensa autosuficiente y adecuada, considerando la magnitud del país y el tamaño proporcional de las ambiciones de algunos de sus dirigentes políticos. Entonces, dado que incluso si se hiciera un esfuerzo mucho más grande por mejorar los recursos de defensa, éstos seguirían siendo insuficientes en comparación con un estándar ideal, las alternativas para Canadá no han sido hasta ahora nada sencillas. En efecto, entre la opción de una defensa que sea muy costosa, pero aún así inadecuada, y otra que sea también inadecuada, pero barata, los políticos canadienses se han inclinado por la segunda.

Lo paradójico es que, desde mucho antes de los trágicos acontecimientos de septiembre de 2001, la opinión pública del país ya estaba muy a favor de que se aplicara una fuerte inyección de fondos a las fuerzas armadas. En fecha reciente, un comité del Senado que estudiaba este asunto incluso recomendó que se aplicara el importante incremento de cuatro mil millones de dólares, equivalente a la tercera parte del presupuesto actual, aun a costa de tener que tomar la inusual medida de pedir una moratoria de 30 meses para las intervenciones del país en el extranjero a fin de permitir que el ejército canadiense se reestructure y recupere.⁶ Aunque la idea de la moratoria no fue bien recibida, muchos parlamentarios, de diversos partidos, todavía convienen en que el incremento sustancial para la defensa es algo que urge desde hace mucho tiempo. También entre la opinión pública existe una gran aceptación de esta idea, como lo expresan numerosas encuestas.⁷

Pero, incluso con el consenso de muchos partidos y con un público favorable, la magnitud del esfuerzo que pretenden quienes desean ver que Canadá desempeñe un papel importante en la seguridad internacional exigiría que los líderes políticos quisieran y fueran capaces de subirse a la palestra para explicar claramente por qué están pidiendo ese sacrificio a los

⁶ Véase Daniel Leblanc, "Keep Troops at Home, Senators Say: Impoverished Forces Need \$4 Billion and Time to Shape Up, Committee Reports", *The Globe and Mail*, Toronto, 13 de noviembre de 2002, p. A4.

⁷ En una encuesta reciente al respecto, tres de cada cuatro canadienses (75%) admitieron que el presupuesto de defensa debía ser aumentado, aunque muy pocos quisieron señalar qué otro programa, también valioso, tendría que recortarse para conseguir esos fondos. Véase Doug Saunders, "Canadians Split over Future Role of Military", *The Globe and Mail*, Toronto, 11 de noviembre de 2002, p. A1.

ciudadanos y contribuyentes ordinarios. Ahora bien, ese tipo de liderazgo es algo de lo que los principales dirigentes políticos recientes han carecido notoriamente. Como lo observó Kim Nossal hace unos años, Canadá ha estado conduciendo una “diplomacia mezquina”, siempre dispuesta a “seguir la plática” en los diversos foros internacionales, pero cada vez más incapaz de “seguir el paso”. En suma, aunque el hecho de emparejar su capacidad para hablar y su capacidad para actuar aportara a Canadá considerables beneficios en términos de política exterior, pocas personas parecen dispuestas a encarar las consecuencias que tendría ese avance en la política interna.

La otra elección difícil: los misiles balísticos de defensa

El tema de los MBD estuvo latente en la agenda bilateral de seguridad durante el año pasado, pero no tardará en resurgir. Más aún, cuando lo haga, es poco probable que el gobierno de Bush esté con ánimos de asumir compromisos. Aunque, en general, los militares ven con simpatía esta opción y los funcionarios de gobierno evitan cuanto pueden el pronunciarse claramente al respecto, la opinión pública tiene, en el mejor de los casos, una actitud tibia ante la idea, y en el peor, bastante hostil. Si bien el pueblo actuó con indiferencia ante los clamores nacionalistas de oponerse a la participación del país en el NORTHCOM, el asunto de los MBD involucra dos elementos muy diferentes: símbolos poderosos y costos elevados. Dada la fuerte oposición de la opinión pública a esta alternativa y sus posibles implicaciones de servilismo ante Estados Unidos, en el caso de los MDB los políticos canadienses se hallan frente a una decisión mucho más difícil que en cualquier otro tema referente a las políticas de seguridad. Si en el debate sobre el incremento del presupuesto militar se incorporaran los elevados costos que el programa de MDB implicaría para Canadá, sería mucho más difícil conservar el apoyo público para esa iniciativa.

Una relación que requiere reparaciones

Según Estados Unidos, la negativa de Canadá a unirse a él y a Gran Bretaña en la intervención militar contra Iraq dejó una herida profunda en las relaciones de los países vecinos. Pero, además de los desacuerdos sustantivos, algunos hechos secundarios empeoraron aún más las cosas, hechos que para el gobierno de Bush fueron como sal arrojada en la herida. En el plano personal, es de todos conocido que la relación entre el primer mi-

nistro canadiense, Jean Chrétien, y el presidente de Estados Unidos, George W. Bush, nunca fue cordial. El hecho de que Chrétien y otros miembros cercanos de su gabinete hubieran expresado abiertamente su apoyo a Al Gore, en la contienda presidencial de 2000, agrió la relación desde un principio. Aunque los canadienses ofrecieron su ayuda incondicional apenas ocurridos los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, en Washington la reacción del gobierno de Chrétien no se consideró precisamente maravillosa.⁸

Otro episodio tirante ocurrió durante la reunión de la OTAN, en noviembre de 2002, cuando alguien escuchó una conversación en la que una colaboradora cercana de Jean Chrétien calificaba al presidente Bush de “baboso”, y el primer ministro Chrétien se negó a sancionarla, poniendo su lealtad personal hacia los miembros de su equipo por encima de un mínimo sentido de respeto por un aliado. Más tarde, cuando la intervención armada en Iraq estaba en curso, un ministro del gabinete liberal declaró a los medios que George Bush no estaba actuando como un estadista. De nuevo, la falta de sanción por parte del primer ministro despertó la ira de los funcionarios estadounidenses, en particular la del muy expresivo embajador de Estados Unidos en Canadá, Paul Cellucci. Si bien es posible que estos episodios hayan sido aplaudidos por algunos canadienses nacionalistas, la persistencia de este tipo de actitudes terminó por hacer que Jean Chrétien no gozara más de acceso libre a la Casa Blanca durante sus últimos meses en funciones, y que su sucesor haya tenido que hacer mucha labor de reparación cuando ocurrió la transición en la dirigencia del Partido Liberal de Canadá, a principios de diciembre de 2003.

CONCLUSIÓN

En los próximos años, Canadá seguramente hallará la manera de decir “no” a Estados Unidos en relación con ciertos asuntos, pero así como no conviene a sus intereses el renunciar a su opción de decir “no” en determinados momentos, tampoco le conviene dar la impresión a su socio principal de que “no” es siempre el punto de inicio de toda negociación bilateral.

Algunas personas han propuesto que se busque un mayor equilibrio en la relación bilateral, mediante “pactos estratégicos” con Estados Unidos, y que se hagan enganches entre la política de seguridad y otras áreas de interés central para Canadá. Sin embargo, esos enganches no constituyen una base sólida sobre la cual pueda sustentarse la relación de éste con

⁸ Véase, por ejemplo, el severo comentario de David T. Jones, art. cit.

su vecino dominante. Si Canadá desea acercarse más a la posición de Estados Unidos en cierta área política, debe hacerlo en virtud del valor intrínseco de esa política y no pensando en un posible intercambio que redunde a favor de otra área.

En términos generales, independientemente de lo mucho que se esfuerce en el futuro próximo, Canadá seguirá teniendo el problema de ser rico y débil, en un mundo peligroso, y por tanto el problema de ser vulnerable y depender de su vecino dominante para garantizar su seguridad física y material. A pesar del sentimiento de unión que avivaron los eventos del 11 de septiembre, es indudable que Estados Unidos seguirá siendo utilizado como contraste para fomentar un sentimiento de seguridad "psicológica" y para resaltar de cierta forma el sentido de identidad nacional. Sin embargo, sería sumamente arriesgado que esta estrategia se convirtiera en el único camino, o incluso en el camino preponderante, para lograr esos objetivos.

Traducción de LORENA MURILLO S.